

DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay temporadas en la vida en las que las tormentas que nos rodean pueden sonar más fuertes que la voz de Dios. Nos vemos consumidos por la incertidumbre, los contratiempos o el miedo, preguntándonos si Él está aún presente o si nos hemos alejado de Su mano. Las lecturas de este domingo nos recuerdan que la presencia de Dios no se mide por la ausencia de tormentas, sino por Su Fidelidad dentro de ellas.

En la Primera Lectura, el profeta Elías espera a que el Señor pase (1 Reyes 19:9a, 11-13a). Un viento huracanado que corría a través de las montañas, seguido de un terremoto y un fuego. Pero la escritura nos dice que el Señor no se encontraba en ninguno de estos eventos espectaculares. Por el contrario, la presencia del Señor se revela en un murmullo de una brisa suave. Elías reconoce al Señor, se cubre el rostro y sale a su encuentro.

Muchos de nosotros esperamos que la recuperación esté marcada por logros importantes. Dios ciertamente puede obrar de esa manera. Sin embargo, más frecuentemente, Su gracia se encuentra en formas más silenciosas: la motivación dada por otra persona en recuperación, la paz que sigue a una confesión honesta, la sabiduría compartida por un padrino o madrina, la fortaleza para tomar una decisión sana o la disposición a orar aún cuando quisiéramos darnos por vencidos. Estos momentos pueden parecer pequeños, pero son donde más seguido el Señor está claramente obrando.

El Evangelio ofrece otra imagen familiar de la fe en medio de las dificultades (Mateo 14:22-33). Mientras los discípulos luchan contra el viento, ven a Jesús caminando hacia ellos sobre el agua. Pedro responde con valentía al llamado de Cristo, bajándose de la barca. Sin embargo, cuando enfoca su atención en el viento y las olas, el miedo se apodera de él y comienza a hundirse. Su simple

oración, “*¡Sálvame, Señor!*”, es respondida inmediatamente cuando Jesús le tiende la mano.

La lucha de Pedro nos presenta una importante lección en la recuperación. Jesús no lo critica por bajar de la barca. De hecho, Pedro es el único discípulo dispuesto a dejar la seguridad de lo que es familiar y confiar lo suficiente en Cristo para ir caminando hacia él. El momento clave llega cuando el miedo se vuelve más fuerte que la invitación de Cristo. La recuperación tiende a desarrollarse de la misma manera. El valor no es la ausencia de miedo, sino la disposición de seguir regresando a Jesús en los momentos en los que el miedo atrape nuestra atención.

La recuperación no nos pide ignorar la realidad o pretender que las tormentas no son reales. Por el contrario, nos enseña en dónde enfocar nuestra atención. El Paso Once nos motiva a buscar la voluntad de Dios a través de oración y meditación, no porque la vida se vuelva más fácil, sino porque estando relacionados con Dios nos permite responder de manera diferente cuando surgen las dificultades. Aprendemos a pensar antes de reaccionar, a rezar antes de asustarnos y a pedir ayuda antes de tratar de llevarlo todo nosotros solos.

Este tipo de fe crece mediante la práctica. Cada vez que recurrimos a la oración, cada conversación honesta con un padrino o amigo de confianza, cada junta en la que participamos cuando preferiríamos estar aislados, cada acto de entrega se convierte en otra forma de mantener nuestra mirada en Cristo. Las tormentas pueden seguir, pero ya no determinan la dirección de nuestras vidas.

La historia de Pedro nos recuerda que la fe no se mide por la ausencia de luchas. Se revela por el lugar hacia donde volteamos

cuando empezamos a hundirnos. Mientras continuamos en recuperación, se nos invita a escuchar la voz suave de Dios, a tener nuestros ojos puestos en Cristo, y a recordar que siempre nos tiende Su mano. Incluso cuando nuestra fe se siente pequeña, Su gracia permanece firme.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué clase de “viento y olas” están llamando tu atención lejos de Cristo durante este periodo de recuperación?
- ¿En qué áreas has experimentado la presencia de Dios con una fidelidad suave más que de maneras espectaculares?
- ¿Qué hábito práctico te ayuda a mantener tu mirada en Cristo cuando el miedo o el desánimo comienzan a crecer?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 19:9a, 11-13a

SAL. RESP. Salmo 85:9, 10, 11-12, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 9:1-5

EVANGELIO Mateo 14:22-33